

# El mapa de la muerte

## Bajo el volcán, de Malcolm Lowry

Santiago Andrés Gómez



A rededor de Clarence Malcolm Lowry, el marino, diplomático y atormentado novelista británico de quien este año se cumple el centenario de su nacimiento, existe una mitología muy peculiar, flota un romantizado halo de leyenda, hiede un tufo insoportable, que son quizá difíciles de discernir de su literatura, pero que resulta necesario saber separar de ella. El eminente escritor mexicano Juan García Ponce lo ha expresado con claridad ejemplar: “Los testimonios sobre Lowry y sus propias cartas, especialmente, son en muchas ocasiones documentos terribles y conmovedores que ninguno de sus lectores quisiera dejar de conocer, pero difícilmente le agregan algo a las obras”. Sin embargo, lejos de esa lucidez, lo que uno suele encontrar cuando investiga sobre Lowry, incluso en los textos más sesudos —como la canónica, inteligente biografía de Douglas Day—, es una minuciosa, por no decir morbosa cronología

de sus borracheras, peleas e internamientos en hospitales psiquiátricos, cuando no el prescindible balbuceo de una gran corte de despistados que suponen que el genio de Lowry se funda, nada más, en haber escrito en medio del delirio, o inspirado en él, o haciendo un canto enguayabado al espíritu del mezcal...

En cierto sentido —es verdad—, no podría ser de otro modo, si se entiende que un libro tan sutil y al mismo tiempo visceral en la creación de personajes como *Bajo el volcán*, la obra cumbre de Lowry, no pudo haber surgido de la nada, y si se tiene en cuenta que el alcoholismo fue, más que cualquier otro —más que el amor—, el motivo central de esa intrincada novela desde el primer borrador, un esbozo del capítulo en el que el Cónsul, su esposa y su hermano ven cómo un policía irregular (un matón legitimado), le roba a un campesino moribundo, tirado a la vera de un camino. Pero aun así, y se puede ver en

lo que constituye la síntesis de ese borrador, *Bajo el volcán* es menos un relato con reveladores matices autobiográficos, o una laboriosa trascripción de los devaneos que sufre un hombre entregado al licor, que una resonante sublimación de la experiencia humana. La adicción del Cónsul no es comparable a la de nadie más, tal vez ni siquiera a la de Lowry, y su vida entera tiende hacia el encuentro con una realidad profusa, fácilmente reconocible, pero insondable, que lo determina en su horror. Ahora bien, nada de esto tiene que ver tanto con la vida de Lowry como con la maestría con la que tejió el universo de *Bajo el volcán*.

### El equilibrio imposible

Uno de los mayores méritos de *Bajo el volcán* es el equilibrio que mantiene entre las complejidades de la voz interna de sus personajes y la sensual, deslumbrante descripción del mundo físico que los rodea. En este aspecto, la obra es como

una especie de respuesta a las fracturas que establecieron entre esos dos niveles narrativos otros exploradores de la subjetividad, como Joyce o Faulkner, de quienes se ha dicho —sobre todo de Joyce— que influyeron mucho en Lowry. En verdad, la aproximación es casi opuesta. Las conexiones invisibles u omitidas por Joyce en el volátil discurso mental de sus personajes sólo pueden adivinarse o colegirse de un entramado de pistas en las que a veces juega la erudición, en otras las referencias al mismo texto, pero en general la conciencia siempre se muestra despegada de lo que sucede alrededor, bullendo en la subversión erótica del *omphalos*, esa suerte de principio irracional, no sólo difícil sino, propiamente, imposible de comprender.<sup>1</sup> En cambio, en *Bajo el volcán*, Lowry no pierde nunca el sentido de realidad (más bien lo amplía), y ya Douglas Day nos ha revelado que para el inglés era de más interés el delicado bordado de Melville que los caprichosos quiebres de Joyce.

La razón de esto subyace en una valoración sensitiva. Desde *Ultramarina*, la primera novela de Lowry, el hecho de estar perdido es fundamental en su escritura, pero no el de estar perdido como nosotros, como todos, sino efectivamente desterrado. Para los personajes de Lowry, el furioso o elegíaco delirio no es indiferente al territorio que pisan, y todo parece, si no fundirse, al menos sí perseguirse. En otras palabras, el Cónsul no está ausente de Quáuhnauc: está sumergido en el pueblo, y todo está en contacto con él. Kundera dice: “En la busca del presente perdido de Joyce, todos somos”, lo cual diverge radicalmente del modo de tensión subjetiva

de Lowry. El Cónsul no llega a ser ese “todos” del que habla Kundera: sólo es él, pese a que su ser se manifiesta de un modo tan absoluto en las páginas de *Bajo el volcán*, que también es imposible definirlo, ubicarlo, ya sea por sus acciones, por sus recuerdos, o por su fuga... Acaso sólo por su muerte, pero ante todo en cuanto tiene de indigno. Si *Ulises* es una emancipación jocunda del imperio estrecho de la realidad material, *Bajo el volcán* es una dolido y aún visionaria, casi chamánica asimilación de las fuerzas profundas con que el mundo nos somete.

Lo más admirable es que el equilibrio del que hablamos no supone un privilegio al mundo externo. Incluso es innegable que esos repentinos chispazos mentales que acaso son la clave primordial de la impecable, aun cuando estridente, técnica de Joyce, hacen parte de la interiorización de Lowry en el alma de sus personajes, especialmente en la del Cónsul, sobre todo al final, cuando éste recae en el mezcal. No obstante, el detalle de que aquello sólo suceda con tal intensidad a partir de ese momento nos lo dice todo, no sólo de la cohesión de *Bajo el volcán*, sino, para ser precisos, de la forma límpida y sobriamente dosificada en que las situaciones van cediendo en la narración —no en la historia— ante el discurso subjetivo, pese a que incluso son más dicientes los capítulos iniciales, los recuerdos de Laruelle en su caminata, el temor de Ivonne al regresar a su casa junto al Cónsul, cuando todo lo que encuentra la hace pensar en algo; o el calvario y redención íntimos de Hugh durante su paseo con Ivonne. En esos episodios, el relato parece puramente clásico, la voz interior

fluye sin tropiezos, aunque más bien como el agua que toma la forma de las piedrecillas antes de rebasarlas, o llevárselas...

### La silueta de la tragedia

Existe una trágica correspondencia entre ese lenguaje sublimado y la estructura de *Bajo el volcán*. Si al principio, en el primer capítulo, la caminata de Jacques Laruelle, que simboliza su adiós al pueblo, nos ubica en un tiempo posterior a lo que se nos contará después y nos estremece, así, con una visión impasible, secretamente condolido, de la forma en que el tiempo ha arrasado con todo lo que fueron los anhelos de Ivonne y del Cónsul (Laruelle, sin darse cuenta, decide quemar con una vela una carta que el Cónsul nunca envió a su esposa y que, en manos del francés, es lo único que pervive de aquéllos), la evocación posterior, retomada con el poderoso aliento del narrador omnisciente que domina la novela, nos lleva, como un hipnótico mapa, al corazón de la tragedia, a la conmovedora catástrofe que supone el hecho de que Ivonne y el Cónsul mueran por nada, pero sobre todo de que aquello que los mata sean fuerzas con las que han convivido, que han llegado a desentrañar y que, pese a todo, ellos son incapaces de dominar, sino que, al contrario, éstas se alzan al fin en su contra y los aplastan, muy lejos el uno del otro. La urdimbre es indescriptible, pero es posible tentar un esbozo repasando ese final.

El momento fatal para el Cónsul, ese borroso funcionario que estudia la cábala y descrea de la política, es cuando, movido por su descomunal nostalgia, dibuja la silueta de España, país donde conoció a Ivonne, en el pequeño

reguero que han dejado unas copas de mezcal sobre la barra de *El Farolito*, la peligrosa cantina de Parián que él ha soñado visitar durante todo el día de difuntos mexicano. El cantinero no dice nada al oír la explicación del dibujo, pero ve allí una seña de comunismo (la Guerra Civil Española está terminando). Esa falsa e inocua pista, de la que nada sabemos aún, resultará, en todo caso, decisiva, cuando los acuciosos agentes de la policía secreta decidan interrogar al Cónsul luego de que éste, al salir de *El Farolito* con renovada esperanza en su vida —ya no para reconciliarse con Ivonne, sino para olvidarla—, acaricie al caballo de uno de ellos, en actitud que les parece sospechosa... El Cónsul, por su parte, se acerca con curiosidad al caballo sólo porque descubre en él al mismo que, durante su viaje a Tomalín, había visto al lado de un campesino agonizante... Entonces, en su percepción, “el mundo subnormal y el universo anormal, delirante y suspicaz que hervía en su interior”, se unen en un oscuro presagio...

Entre tanto, Ivonne lo está buscando con Hugh desde Tomalín, lugar en donde el Cónsul, enfurecido con ellos, los abandonó. Camino a Parián, donde ella sospecha que está su esposo, hacen pausa en un restaurante y, al mirar un menú, Ivonne encuentra una ilustración que la toca en lo más profundo: una mujer que vende lotería, y en cada uno de cuyos billetes “una amazona” monta un caballo encabritado. La semejanza de esa imagen con su pasado como frustrada actriz de *westerns* le resulta una ironía del destino a ella, que, incapaz de controlar sus ímpetus y convivir fielmente con el carácter mediatundo del Cónsul, se acostó

con Hugh, dando pie al siempre aplazado y muy doloroso final de su matrimonio, o por lo menos a su fracaso. Ivonne y Hugh siguen camino a Parián y, poco antes de llegar, mientras cruzan un tronco caído en el tupido bosque, oyen unos disparos, la tempestad empieza a azotar el cielo, un caballo surge de la espesura y aplasta a Ivonne... El caballo que ella y Hugh vieran en su feliz paseo de la mañana, el mismo que el Cónsul advirtiera que los policías le habían robado al campesino moribundo, y que ahora huye de *El Farolito*, espantado por los disparos con que éstos matan al Cónsul.

### El dorso de la muerte

Ya que esta construcción confirma la naturaleza trágica de la sensibilidad en unos seres que vibran sutilmente con las notas de su destino, o que, mejor dicho, encarnan el sentido auténtico de un mundo maldito, habría que detenerse un poco en el orden que fluctúa entre ellos y la realidad que reflejan. Para el Cónsul, cuando encuentra la verdad en una cantina, para Ivonne, cuando percibe, feliz, su propia ausencia en el jardín de su casa, para Hugh, cuando cree, montando a caballo, que la libertad es posible, la percepción se integra tanto con el paisaje que los rodea, que su conciencia, su espíritu, no es más que lo puramente sensible, en tanto que su verdadero mundo interno —es decir, el mundo emotivo donde se mantienen— pasa a ocupar el lugar agobiante de la realidad; una realidad impalpable, si no extinta, pero más recalcitrante que cualquier dolor o ansiedad inmediatos. Dentro de esta perspectiva, su propia alma es, enfáticamente, todo lo que han perdido, lo que los acosa, todo

aquello de lo que huyen y que, al mismo tiempo, enfrentan, mientras que su entorno vacilante, incluso amenazante, pero esplendoroso, es el único lugar donde (a veces) pueden ser, aunque sin lograr escapar de su tormento.

Un trueque como ése puede parecer menos arrevesado que gratuito, pero es el mismo que hacen los personajes de *Bajo el volcán*, y es en verdad anterior a cualquier interpretación. Si desde el primer capítulo sabemos que la realidad ha vencido, al final la muerte del Cónsul cobra, sin necesidad de ningún misticismo, un carácter vindicativo contra el mundo, y en el caso de Ivonne, es el triunfo de su propio descontento. Ambos terminan atrayendo sobre sí mismos el horror de una realidad que han absorbido de tal manera que sólo por el desespero de haberla adulterado —con la infidelidad, con el licor— llega a ser un maleficio. Así, la cantina para el Cónsul (cuya atmósfera él siente que lo cerca con “la certidumbre de la tristeza y el mal y asimismo con la certidumbre de otra cosa que se le escapaba [...] la paz”), y el bosque y la vitalidad animal para Ivonne (ella se siente orgullosa de poder demostrar a Hugh que sabe montar a caballo muy bien), adquieren el rostro de la muerte, y para Hugh, la guitarra que compra en el restaurante donde se detiene un momento, de camino a Parián, seguirá siendo el acompañante luctuoso e indiferente de su errante periplo, como lo fue desde su juventud.

Sin embargo, dentro de la lógica de *Bajo el volcán*, que conforme pasan las páginas termina por ser alucinante, Ivonne y el Cónsul no pueden perder la vida: simplemente pierden el mundo, pierden sus oportunidades, la

hermosa posibilidad de hacer realidad sus sueños, y se percatan de ello después de haber muerto, sin entender qué es lo que está pasando. El tenebroso cuadro de “los borrachones”, que el Cónsul había mirado con detenimiento en casa de Laruelle, cumple sus predicciones puntualmente. Ivonne ve con toda claridad la cabaña donde soñaba vivir dentro de poco con el Cónsul, la ve arder, ve cómo toda su ilusión se derrumba, pero su espíritu se alza luego hacia las estrellas y corre con las pléyades, igual a los espíritus nobles del cuadro, en tanto que el Cónsul escala el Popocatepetl, como había planeado hacer con Hugh e Ivonne (esa esposa que aún lo ama y que él quiere desterrar de su corazón), llega a la cima, logra el “supremo ascenso”, y se da cuenta de que el perdón era posible, de que nunca debió juzgar a nadie con tanta dureza, sólo para caer luego, como “los borrachones”, en el cráter, que, en un “inconcebible pandemonio”, se lo engulle con “un millón de tanques” y “diez millones de cadáveres”...

### El verdadero sabor

Douglas Day termina su biografía de Lowry recordando la frase de un compañero de copas del escritor que sobre él decía: “Me basta ver a este cabrón un instante para andar contento cinco días”, y comenta Day que cualquiera se enorgullecería de ser una persona de quien pueda decirse eso. Tal frase puede resultar muy útil para terminar una biografía, pero, como ya hemos subrayado, la importancia de un detalle personal para la valoración de Lowry como escritor no es mucha. No obstante, en ella sí se puede ver qué diferente al Cónsul era Lowry. El Cónsul

sólo despierta lástima, y a veces admiración por sus réplicas, pero ni a uno, ni a nadie de quienes se encuentra a lo largo de *Bajo el volcán* le ocasiona alegría. ¿Sería el Cónsul, entonces, la visión que Lowry tenía de sí mismo? Después de todo, Douglas Day no escatima al hablar de lo que llama “exasperantes defectos” en el novelista. Lo que importa es que el Cónsul, como Ivonne y Hugh, son personajes más hondos que lo que pueda decir cualquier biografía de un hombre. La relación justa de la literatura con la vida es que la absorbe (y la dignifica). Lowry dedicó una década a escribir una ficción que al fin recompone con nitidez abrumadora, no a un hombre, sino a su humanidad.

El libro, publicado en 1947, ha terminado por erigirse como una de las indudables obras maestras del siglo XX, y es el centro, el sol alrededor del cual giran los demás trabajos del escritor, quien con *Bajo el volcán* sólo quería comenzar una serie de novelas que en últimas no halló forma. Lo engañoso es que, si bien es natural que una creación como ésa llegue a generar incluso peregrinaciones a Cuernavaca para visitar los sitios que inspiraron tal o cual episodio, o, como en el caso de *En busca del tiempo perdido*, estudios que se detienen en las personas en quienes Lowry se basó para la creación de sus personajes, éstos, igual que en el caso de Proust, persisten en el tiempo y adquieren en la obra una sustancia más real aún que la vana existencia de los seres humanos. Porque *Bajo el volcán*, como toda gran producción literaria, llega a ser un cosmos perfecto, incorruptible. Lowry quizá sabía muy bien que él mismo, con todas sus cualidades y flaquezas, no era nada en comparación con

lo que estaba haciendo cuando se retiraba a escribir, en un esfuerzo que no siempre producía los frutos deseados, pero que era lo único que le daba sentido y sabor pleno a los tragos, al amor, y a la mismísima muerte. ■

Santiago A. Gómez (Colombia)

Crítico de cine y realizador de video. Desde 1991 es redactor de la revista *Kinetoscopio*. En 1996, Colcultura le otorgó el Premio Nacional de Video Documental por *Diario de viaje*, pero su verdadera pasión es la literatura.

### Notas

1 La voz griega *Omphalos*, que significa ombligo, hace parte de una de las primeras retahílas de *Ulises*, y es una referencia directa de Stephen Dedalus tanto al oráculo de Delfos, donde según los griegos estaba el ombligo del mundo, como a lo que los teósofos consideraban el centro de la fuerza vital. Invocado en el preámbulo de la novela, *omphalos* es sobre todo, como ese espejo agrietado que Stephen llama “símbolo del arte irlandés”, una puerta de acceso a los ámbitos ocultos en que se mueve el narrador.

## Adpostal



**¡Llegamos a todo el mundo!**  
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE  
MEJOR A COLOMBIA  
Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS  
SERVICIOS

Venta de productos por correo,  
servicio de correo normal, correo  
internacional, correo promocional,  
correo certificado, respuesta  
pagada, post express, encomien-  
das, filatelia, corra, fax

Lo atendemos en los teléfonos  
243 88 51 - 341 03 04 - 341 55 34  
980015503 Fax: 283 33 45